

¿DETERIORO O RENOVACIÓN DE LA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE?

Francis Fukuyama.

Profesor titular en el Freeman Spogli Institute for International Studies y director del FSI's Center on Democracy, Development, and the Rule of Law en la Universidad de Stanford.

El artículo analiza la connotación política de la campaña electoral en las presidenciales de Estados Unidos de 2016 para la democracia norteamericana. Algunos de los temas que aborda son: el regreso de las clases sociales al centro de la política; el estancamiento económico y la inequidad; el populismo y la preocupación de los votantes durante las primarias; como así también las legislaciones comerciales aprobadas por el Partido Republicano y las políticas de identidad como el valor central de los demócratas.

Hace dos años, sostenía que Estados Unidos estaba sufriendo un deterioro político. El sistema constitucional del país de controles y equilibrios o pesos y contrapesos, junto con la polarización partidaria y el incremento de los grupos de interés bien financiados, se combinaron para producir lo que yo llamo la *vetocracia*, una situación en la que era más fácil evitar que un gobierno actuara que utilizar al gobierno para promover el bien común. Las recurrentes crisis presupuestarias, la burocracia vegetativa y la falta de innovación política fueron el sello distintivo de un sistema político desordenado.



Stringer/Reuters/Latinstock

Bernie Sanders, el candidato demócrata que compitió con Hillary Clinton, saluda a los estadounidenses nativos de Yakima, Washington. 24 de marzo de 2016.

En la superficie, las elecciones presidenciales de 2016 parecen confirmar este análisis. El alguna vez orgulloso Partido Republicano perdió el control de su proceso de nominación ante la toma de poder hostil de Donald Trump y está desgarrado por profundas contradicciones internas. En el Partido Demócrata, mientras tanto, Hillary Clinton, “miembro ultra privilegiada”, ha enfrentado sorprendentemente la fuerte competencia de Bernie Sanders, un autoproclamado socialista demócrata de 74 años. En varios temas, desde inmigración hasta la reforma financiera, desde el comercio hasta los ingresos estancados, gran cantidad de votantes de ambos lados del espectro se han levantado contra lo que consideran un negocio corrupto de intereses propios y recurrieron a los “de afuera” con la esperanza de una limpieza purificadora.

Sin embargo, en realidad, la turbulenta campaña ha demostrado que la democracia estadounidense está funcionando mejor de lo esperado. Sin importar lo que uno pueda pensar sobre sus elecciones, los votantes se amon-

tonaron en las urnas en cada Estado y arrancaron el control de la narrativa política de las manos de los grupos de interés organizados y de los oligarcas. Jeb Bush, hijo y hermano de presidentes que alguna vez fueron la inevitable elección republicana, ignominiosamente se retiró de la carrera en febrero después de desperdiciar más de 130 millones de dólares (junto con su comité de acción política). Mientras tanto, Sanders, limitándose a pequeñas donaciones y prometiendo quitar el poder a la elite financiera que respalda a su oponente, ha recaudado incluso más que Bush y le pisa los talones a Clinton.

La verdadera historia de estas elecciones cuenta que después de varias décadas, la democracia estadounidense está respondiendo finalmente al incremento de la desigualdad y al estancamiento económico sufrido por la mayoría de la población. El tema de las clases sociales está nuevamente en el centro de la política del país, superando otros asuntos como la raza, la etnia, el género, la orientación sexual, la geografía, que dominaron el debate en las elecciones recientes.

La brecha entre las fortunas de la elite y del resto del público ha crecido durante dos generaciones, pero es ahora cuando comienza a dominar la política nacional. Lo que realmente necesita explicación no es por qué los populistas pudieron conseguir esas ganancias en este ciclo sino por qué les llevó tanto tiempo lograrlo. Además, aunque es bueno saber qué sistema político de Estados Unidos está menos osificado y no es tan esclavo de las elites adineradas como muchos suponían, las panaceas perseguidas por los activistas populistas son casi por completo inútiles y, si se utilizaran, detendrían el crecimiento, exacerbarían el malestar y empeorarían la situación, en lugar de mejorarla. Por eso, ahora que las elites salieron de su complacencia elitista de forma tan brusca, ha llegado el momento de concebir soluciones más factibles a los problemas que ya no se pueden ignorar ni negar más.

LAS BASES SOCIALES DEL POPULISMO

En los últimos años fue más difícil negar que los ingresos han ido cayendo para la mayoría de los ciudadanos estadounidenses aún cuando a las elites les fue mejor que nunca, y esto generó una creciente desigualdad en la sociedad de Estados Unidos. Algunos valores básicos, como la participación dramáticamente incrementada en la riqueza nacional del 1 por ciento de la clase alta, incluso del 0,1 por ciento, es cada vez más difícil de objetar. Lo nuevo en este ciclo político es que la atención comenzó a cambiar de los excesos de la oligarquía a las circunstancias difíciles que atraviesan los relegados.

Dos libros modernos –*Coming Apart* de Charles Murray y *Our Kids* de Robert Putnam– muestran la nueva realidad social con dolorosos detalles. Murray y Putnam se encuentran en los extremos opuestos del espectro político, uno es conservador libertario y el otro un liberal clásico; aún así, sus informes son prácticamente idénticos. Los ingresos de la clase trabajadora han caído en la última generación, en forma más dramática para los hombres blancos con edu-

cación secundaria o menor. Para este grupo, el eslogan de Trump, “¡Engrandezcan a Estados Unidos otra vez!” tiene un significado verdadero. Pero las patologías que sufren son más profundas y se revelan en los datos sobre crímenes, uso de drogas y familias monoparentales.

“
Los ingresos de la clase trabajadora han caído en la última generación. Para los hombres blancos con educación secundaria o menor, el eslogan de Trump, “¡Engrandezcan a Estados Unidos otra vez!” tiene un significado verdadero.
 ”

Durante la década de 1980 existía un amplio debate nacional sobre la emergencia de la clase baja afroamericana; es decir, un grupo de personas subempleadas y con pocas habilidades, cuya pobreza parecía auto reproducirse porque conducía a familias quebradas, incapaces de transmitir los tipos de normas y conductas sociales requeridas para competir en el mercado laboral. Hoy, la clase trabajadora blanca está prácticamente en la misma posición que la clase marginal negra de aquel entonces.

Durante la carrera para las primarias en New Hampshire, un Estado compuesto por personas blancas y de campo como cualquier otro del país, muchos estadounidenses probablemente se sorprendieron al saber que la preocupación principal de los votantes de allí era la adicción a la heroína. En realidad, la adicción a los opioides y a las metanfetaminas se ha vuelto una epidemia en comunidades rurales blancas en Estados como Indiana y Kentucky, así como lo era el crack en las ciudades del interior una generación atrás. Un escrito reciente de los economistas Anne Case y Angus Deaton mostró que la tasa de mortalidad de hombres blancos de mediana edad no hispanicos en Estados Unidos creció entre 1999 y 2013, aún cuando cayeron para casi todos los demás grupos poblacionales y todos los demás países ricos. Las causas de este incremento parece haber sido el suicidio, las drogas y el al-

cohol, casi medio millón de muertes más de las esperadas. Y la tasa de criminalidad para este grupo se disparó también.

Esta realidad cada vez más desoladora, sin embargo, apenas fue registrada por las elites estadounidenses, en especial porque durante el mismo período, ellos la estaban pasando bastante bien. Las personas con, al menos, educación universitaria vieron sus fortunas incrementarse durante décadas. Las tasas de divorcio y de familias monoparentales cayeron en este grupo, los crímenes barriales se redujeron firmemente, se recuperaron las ciudades para los jóvenes urbanos, y las tecnologías como Internet y los medios de comunicación social potenciaron la confianza social y nuevas formas de compromiso con la comunidad. Para este grupo, los padres sobreprotectores son un problema mayor que los niños que quedan solos en casa porque sus padres trabajan.

EL FRACASO DE LA POLÍTICA

Dada la enormidad del cambio social acaecido, la verdadera pregunta no es por qué Estados Unidos tiene un populismo en 2016 sino por qué la explosión no se dio mucho antes. Y en esto, existió un problema de representación de las instituciones estadounidenses: ningún partido político se ha dedicado bien a este grupo en ocaso.

En las últimas décadas, el partido republicano ha sido una coalición molesta de elites comerciales y conservadores sociales: los primeros proveen el dinero, los segundos los votos de las primarias. Las elites comerciales, representadas por la página editorial del *The Wall Street Journal*, han sido abogados ejemplares del liberalismo económico: mercados libres, libre comercio e inmigración abierta. Fueron los republicanos los que proveyeron los votos para aprobar la legislación comercial, como el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte y la reciente autoridad de promoción comercial (más comúnmente conocida como vía rápida o *fast track* en inglés). Sus patrocinadores comer-

ciales claramente se beneficiaron tanto de la importación de mano de obra extranjera, con y sin habilidades, como de un sistema de comercio global que les permite exportar e invertir alrededor del mundo. Los republicanos presionaron por el desmantelamiento del sistema de regulación bancaria de la era de la depresión que sentó las bases para un colapso de alto riesgo y la consecuente crisis financiera de 2008. Y han estado ideológicamente comprometidos en reducir los impuestos sobre los estadounidenses ricos, socavando el poder de los gremios y reduciendo los servicios sociales que estaban allí para beneficiar a los menos adinerados.

Este orden del día encaró directamente contra los intereses de la clase trabajadora. Las causas de la caída de la clase trabajadora son complejas, y tienen que ver tanto con los cambios tecnológicos como con factores alcanzados por la política pública. Y aún así no se puede negar que el cambio pro-mercado impulsado por las elites republicanas en las últimas décadas ha provocado una caída en los ingresos de la clase trabajadora, tanto al exponer a los trabajadores a una competencia tecnológica y global despiadada, como al reducir las distintas protecciones y beneficios sociales que habían quedado del *New Deal* (Países como Alemania o los Países Bajos, que han hecho mucho más para proteger a sus trabajadores, no han registrado incrementos comparables en la desigualdad). Por lo tanto, no debería sorprendernos que la mayor lucha y la más emotiva de este año es la que tiene lugar dentro del partido republicano, ya que su base de clase trabajadora expresa una clara preferencia por política económicas nacionalistas.

Los demócratas, por su parte, se han considerado tradicionalmente como campeones del hombre común y aún pueden contar con una base cada vez más pequeña de miembros sindicalistas que ayudan con el voto. Pero también han perdido este electorado. Desde el apogeo de la *tercera vía* de Bill Clinton, las elites del Partido Demócrata se volcaron al consenso post-Reagan sobre los beneficios del libre comercio y de la inmigración. Fueron cómplices en el desmantelamiento de la reglamentación bancaria de



Jonathan Ernst/Reuters/Latinstock

Los partidarios asisten a una manifestación con el candidato republicano a la presidencia estadounidense, Donald Trump, en San Diego, California, Estados Unidos el 27 de mayo de 2016.

la década de 1990 y han intentado comprar, más que respaldar, al movimiento obrero en sus objeciones a los acuerdos comerciales. Pero el problema más importante con los demócratas es que el partido se ha acogido a políticas de identidad como valor central. El partido ganó elecciones recientemente propulsando una coalición de segmentos de la población: mujeres, afroamericanos, jóvenes urbanos, homosexuales y ambientalistas. El grupo con el que perdieron completamente su contacto fue con la mismísima clase trabajadora blanca que fuera los cimientos de la coalición del *New Deal* de Franklin Roosevelt. La clase trabajadora blanca comenzó, en la década de 1980, a votar a los republicanos por cuestiones culturales como el patriotismo, el derecho a la posesión de

armas, el aborto y la religión. Clinton recuperó, en la década de 1990, a suficientes como para ser elegido dos veces (con pluralidades en cada caso), pero desde entonces, han sido electores más confiables para el Partido Republicano, a pesar de que sus políticas económicas no están alineadas con sus intereses económicos. Es por eso que en una encuesta realizada por la Universidad de Quinnipiac y publicada en abril, el 80 por ciento de los seguidores de Trump sondeados dijeron que sentían que “el gobierno ha ido muy lejos en su ayuda a los grupos minoritarios”, y un 85 por ciento estuvo de acuerdo en que “Estados Unidos ha perdido su identidad”.

La obsesión de los demócratas con la identidad explica uno de los grandes misterios de

la política estadounidense contemporánea, el por qué la clase trabajadora blanca rural, especialmente en Estados del Sur con servicios sociales limitados, se reunieron bajo el estandarte de los republicanos habiendo estado entre los mayores beneficiados de los programas opuestos a los republicanos, como el de Barack Obama y la ley *Affordable Care Act*. Una de las razones es la percepción de que *Obamacare* fue diseñado para beneficiar a los demás, en parte porque los demócratas han perdido su capacidad de hablar con estos votantes (contrario a lo que sucedió en los años 1930, cuando los blancos rurales del sur fueron partidarios clave de las iniciativas estatales de bienestar del Partido Demócrata como la Autoridad del Valle del Tennessee o *Tennessee Valley Authority* en inglés).

¿EL FIN DE UNA ERA?

Los pronunciamientos políticos de Trump son confusos y contradictorios, vienen de un narcisista manipulador de los medios sin ideologías subyacentes claras. Pero el tema común que lo hizo atractivo a tantos votantes en las primarias republicanas es uno que comparte, en cierta forma, con Sanders: una agenda nacionalista económica diseñada para proteger y recuperar los trabajos de los obreros estadounidenses. Esto explica tanto su oposición a la inmigración, no sólo la ilegal sino también la de trabajadores idóneos que ingresan con visas H1B, y su condena a las empresas estadounidenses que trasladan sus plantas al extranjero para ahorrar costos. Ha criticado no solamente a China por su manipulación monetaria sino también a países amigos como Japón y Corea del Sur por socavar la base manufacturera de Estados Unidos. Y, por supuesto, se opone firmemente a la mayor liberación comercial, como surge del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica en Asia y el Acuerdo Transatlántico sobre Comercio e Inversión con Europa.

Todo esto suena como una herejía total a cualquiera que haya tomado un curso universitario básico sobre teoría comercial, donde los modelos desde el ricardiano y su

ventaja comparativa hasta la teoría de dotación de factores de Heckscher-Ohlin, nos dicen que en el libre comercio todos los socios comerciales ganan, incrementando los ingresos agregados de todos los países. Y aún más, la producción global explotó en las últimas dos generaciones, ya que el comercio y la inversión mundial fueron liberalizadas en el marco amplio del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio y, luego, la Organización Mundial de Comercio, incrementándose cuatro veces entre 1970 y 2008. La globalización ha sido responsable de que cientos de millones de personas salieran de la pobreza en países como China e India y ha generado una inconmensurable cantidad de riqueza en Estados Unidos.

Pero este consenso sobre los beneficios de la liberalización económica, compartido por elites de ambos partidos políticos, no quedó inmune a la crítica. Dentro de todos los modelos comerciales existentes se haya la conclusión de que la liberalización comercial impulsa los ingresos agregados, pero al mismo tiempo tendrá consecuencias potencialmente adversas en la distribución. En otras palabras, creará ganadores y perdedores. Un estudio reciente estimó que la competencia en la importación desde China fue responsable de la pérdida de entre 2 y 2,4 millones de puestos de trabajo en Estados Unidos entre 1999 y 2011.

“
El tema común que hizo atractivo a Trump es uno que comparte, en cierta forma, con Sanders: una agenda nacionalista económica diseñada para proteger y recuperar los trabajos de los obreros estadounidenses.
 ”

La respuesta estándar de los economistas comerciales es que las ganancias del comercio son suficientes para indemnizar a los perdedores más que adecuadamente; idealmente, a través de la capacitación laboral que les provee nuevas habilidades. Y así, cada pieza importante de la legislación comercial se vio acompañada de medidas que restringían a los trabajadores, así como de una gradual in-



Paul Hennessy/Alamy/Latinstock

Opositores a la Asociación Transpacífica (TPP) levantan las manos en la Reunión del Comité de Plataforma de la Convención Nacional Demócrata de 2016 en Orlando, Florida, el 9 de julio de 2016.

roducción de nuevas normas para dar tiempo a los trabajadores para adaptarse.

Sin embargo, en la práctica, este ajuste a menudo no llega a materializarse. El gobierno estadounidense ha administrado 47 programas federales incoordinados de capacitación (habiendo consolidado alrededor de una docena), además de los innumerables programas realizados a nivel estatal. En su conjunto, estos programas no permitieron la promoción de grandes cantidades de trabajadores a puestos en que se requiere mayor capacidad. Esto se debe, en parte, a un fracaso en la implementación, pero también es un fracaso en el concepto: no es claro qué tipo de capacitación puede transformar a un trabajador de 55 años acostumbrado a un trabajo de producción en cadena en un programador de computación o un diseñador Web. Tampoco la teoría comercial estándar toma en cuenta la economía política de in-

versión. El capital siempre ha tenido ventajas de acción colectiva sobre el trabajo porque es más concentrado y fácil de coordinar. Este fue uno de los primeros argumentos a favor del sindicalismo, que se ha visto gravemente erosionado en Estados Unidos desde la década de 1980. Y las ventajas del capital solamente se incrementan con el alto nivel de movilidad que surgió en el mundo globalizado de hoy. El trabajo también se ha vuelto más móvil, pero está mucho más limitado. Las ventajas de las negociaciones de los sindicatos son rápidamente socavadas por los empleadores que pueden amenazar con reubicar no sólo en un Estado donde haya leyes laborales más flexibles sino también en un país completamente diferente.

Los diferenciales trabajo-costos entre Estados Unidos y muchos países en desarrollo son tan grandes que es difícil imaginar qué tipos de políticas podrían haber protegido

básicamente la masa de puestos de trabajo que requieren bajas habilidades. Quizá ni siquiera Trump cree que los zapatos y las camisas todavía deberían hacerse en Norteamérica. Cada nación industrializada del mundo, incluyendo aquellas que están mucho más comprometidas con la protección de las manufacturas, como Alemania y Japón, ha sufrido una caída en la participación relativa de la producción durante las últimas décadas. Incluso China comienza a perder puestos de trabajo debido a la automatización y a los productores de menor costo en lugares como Bangladesh y Vietnam.

“
La experiencia de un país como Alemania sugiere que el camino que siguió Estados Unidos podría haberse evitado. Las elites comerciales alemanas nunca buscaron socavar el poder de sus sindicatos.
 ”

Incluso la experiencia de un país como Alemania sugiere que el camino que siguió Es-

tados Unidos podría haberse evitado. Las elites comerciales alemanas nunca buscaron socavar el poder de sus sindicatos; hasta hoy, para establecer los salarios de la economía alemana se llevan a cabo negociaciones patrocinadas por el gobierno entre empleadores y los sindicatos. Como resultado, los costos laborales alemanes son un 25 por ciento mayores que sus pares estadounidenses. Y aún así Alemania es todavía el tercer exportador más importante del mundo, y la participación en el empleo productivo en Alemania, aún cuando está en decadencia, se ha conservado consistentemente mayor que en Estados Unidos. A diferencia de los franceses y los italianos, los alemanes no han buscado proteger los puestos de trabajo existentes a través de una maraña de leyes laborales; de acuerdo con las reformas de la Agenda 2010 del canciller Gerhard Schröder, fue más fácil prescindir de los trabajadores sin empleo. Y aún así el país ha invertido fuertemente en la mejora de las capacidades de la clase trabajadora a través del programa de formación y otras intervenciones activas en el mercado laboral. Los alemanes también buscaron proteger más la



Muro metálico en la frontera entre Naco, Arizona, Estados Unidos y Naco, Sonora, México.

cadena de provisión del país de una tercerización interminable, conectando su legendaro *Mittelstand*, es decir sus pequeñas y medianas empresas a los grandes empleadores.

En Estados Unidos, por el contrario, los economistas y los intelectuales públicos retrataron el cambio de una economía de producción a una post industrial basada en los servicios como inevitable, incluso hasta bienvenido y deseado. Como los fabricantes de látigos para carruaje de los, supuestamente, viejos artesanos, se modernizarían y se convertirían en trabajadores intelectuales en una nueva economía flexible, tercerizada y de medio tiempo, donde sus nuevas capacidades les permitirían ganar salarios más altos. Sin embargo, a pesar de gestos ocasionales, ningún partido político tomó la agenda de modernización con seriedad, como el centro de un proceso necesario de ajustes, ni tampoco invirtieron en programas sociales diseñados para amortiguar a la clase trabajadora durante el proceso de ajuste. Por lo tanto, los trabajadores blancos, como los afroamericanos en décadas anteriores, estaban solos.

La primera década del siglo pudo haber evolucionado en forma muy diferente. Los chinos hoy no están manipulando su moneda para fomentar las exportaciones, más bien, recientemente han intentado respaldar el valor del yuan para evitar la fuga de capitales. Pero con seguridad manipularon su moneda durante los años posteriores a la crisis financiera de Asia de 1997–98 y durante la crisis de los mercados tecnológicos de 2000–2001. Hubiera sido absolutamente viable para Washington, a modo de respuesta, amenazar con imponer, o realmente imponer, aranceles contra las importaciones chinas en ese entonces. Esto hubiera significado riesgos: los precios al consumidor hubiesen aumentado y las tasas de interés se hubiesen incrementado si los chinos hubiesen comprado deuda estadounidense en respuesta. Sin embargo, las elites estadounidenses no tomaron esta posibilidad seriamente, por temor a que comenzara un descenso por la resbalosa ladera del proteccionismo. Como resultado, más de dos mi-

llones de puestos de trabajo se perdieron en la década siguiente.

¿UN CAMINO A SEGUIR?

Trump puede haberse concentrado en algo real en la sociedad estadounidense, pero es un instrumento singularmente inapropiado para sacar ventaja del momento de reforma que representa esta turbulencia electoral. No puedes deshacer cincuenta años de liberalización comercial imponiendo aranceles unilaterales o formulando acusaciones penales contra las multinacionales estadounidenses que tercerizan sus puestos. En este punto, la economía de Estados Unidos está tan ligada con la del resto del mundo que los peligros de una retirada global al proteccionismo son muy reales. Las propuestas de Trump de abolir el *Obamacare* dejaría a millones de estadounidenses de la clase trabajadora sin su seguro de salud, y los recortes impositivos propuestos agregarían más de diez billones de dólares al déficit durante la próxima década beneficiando solamente a los ricos. El país no necesita un liderazgo fuerte sino un reformador institucional que pueda hacer un gobierno realmente efectivo, no un demagogo personalista que quiera desobedecer las normas establecidas.

Sin embargo, si las elites declaran estar genuinamente preocupadas por la desigualdad y por la clase trabajadora que cae, necesitan repensar algunas de las posiciones que durante mucho tiempo tuvieron con respecto a la inmigración, al comercio y a la inversión. El desafío intelectual es ver si es posible alejarse de la globalización sin echar por tierra ni la economía nacional ni la global, con el objetivo de comercializar un poco de los ingresos agregados nacionales para lograr una mayor igualdad doméstica en ese rubro.

Claramente, algunos cambios son más posibles que otros, con la inmigración en la cima de esta lista de puntos teóricamente posibles de abordar. La reforma amplia de la inmigración ha estado en funcionamiento durante más de una década y falló por dos motivos. Primero, los opositores no estuvie-

ron de acuerdo con la amnistía, es decir con otorgar a los inmigrantes indocumentados existentes un camino a la ciudadanía. Pero la segunda razón tiene que ver con la aplicación de la ley: los críticos destacaron que las leyes existentes no se cumplen y las promesas previas de aplicación no fueron cumplidas.

“
**El mundo se está poblando
 cada vez más de nacionalistas
 económicos, y un revés en el curso
 por parte de Washington,
 que ha construido el actual sistema
 liberal internacional, podría
 desencadenar una marea
 de represalias.**
 ”

La idea de que el gobierno podría deportar once millones de personas del país, mucho de ellos con niños ciudadanos estadounidenses, parece altamente inverosímil. Por lo tanto, aparece como inevitable alguna suerte de amnistía. Los críticos de la inmigración tienen razón, sin embargo, cuando afirman que Estados Unidos ha sido muy laxo en el cumplimiento de la ley. Para poder hacerlo debidamente será necesario, no un muro, pero algo como una tarjeta de identidad biométrica nacional, grandes inversiones en tribunales y policía y, sobre todo, la voluntad política de sancionar a los empleadores que violen las normas. El cambio a una política más restrictiva sobre la inmigración legal, en la que alguna forma de amnistía se pueda intercambiar para los inmigrantes ya existentes por los esfuerzos genuinos de hacer cumplir normas nuevas y más rigurosas, no provocaría ningún desastre económico. Cuando el país lo hizo en 1924, en ciertos aspectos se moldeó el camino para la era dorada de la igualdad en Estados Unidos entre las décadas de 1940 y 1950.

Es más difícil ver un camino a seguir en comercio e inversión, que no sea el de ratificar los tratados existentes, como el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, que no sería extremadamente riesgoso. El mundo se está poblando cada vez más de

nacionalistas económicos, y un revés en el curso por parte de Washington, que ha construido y sostenido el actual sistema liberal internacional, podría desencadenar una marea de represalias. Quizá un punto para comenzar es la traza de un camino para persuadir a las multinacionales estadounidenses, que actualmente poseen más de dos billones de dólares en efectivo fuera del país, para que traigan el dinero a casa para realizar inversiones nacionales. Las tasas corporativas de impuestos en Estados Unidos se encuentran entre las más altas dentro de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos; para reducirlas abruptamente mientras se eliminan los miles de subsidios y exenciones impositivas que las empresas han negociado, existe una política que podría encontrar respaldo de ambas partes.

Otra iniciativa podría ser una campaña masiva para reconstruir la infraestructura estadounidense. La Sociedad Estadounidense de Ingenieros Civiles estima que deberán invertirse alrededor de 3,6 billones de dólares para modernizar adecuadamente la infraestructura del país para el año 2020. Estados Unidos podría pedir un billón de dólares mientras las tasas de interés estén bajas y utilizarlo para financiar una iniciativa de infraestructura masiva que crearía una importante cantidad de puestos de trabajo y aumentaría la productividad del país en el largo plazo. Hillary Clinton ha propuesto gastar 275 mil millones de dólares, pero la suma es demasiado modesta.

Pero los intentos por cumplir cualquiera de los objetivos tropezarían con las disfunciones más rutinarias del sistema político estadounidense, donde la *vetocracia* evita tanto la reforma impositiva como la inversión en infraestructura. El sistema estadounidense facilita a los grupos de interés bien organizados el bloqueo de la legislación y la captura de nuevas iniciativas para sus propios propósitos. Por lo tanto, el establecimiento del sistema para reducir los puntos de veto y para actualizar la toma de decisión debería ser parte de la agenda de reforma. Los cambios necesarios deben incluir la eliminación tanto de las conferencias senatoriales como el uso



Media Punch/Alamy/Latinstock

¿Deterioro o renovación de la política estadounidense? / Francis Fukuyama

El presidente electo de Estados Unidos, Donald Trump, hace comentarios a la mesa de prensa después de reunirse con el presidente Barack Obama en la Oficina Oval de la Casa Blanca en Washington DC el 10 de noviembre de 2016.

rutinario de tácticas obstruccionistas, la delegación del presupuesto y la formulación de legislación compleja a grupos más pequeños y con más experiencia que puedan presentar paquetes coherentes ante el Congreso para los votos positivos y negativos.

Por eso, el surgimiento inesperado de Trump y Sanders puede señalar una gran oportunidad. Por todas sus fallas, Trump ha roto con la ortodoxia republicana que prevaleció desde la época de Ronald Reagan, una ortodoxia de bajos impuestos y una red pequeña de seguridad que benefició a muchas empresas más que a sus trabajadores. De manera similar, Sanders ha movilizado un contragolpe desde la izquierda que ha estado visiblemente ausente desde 2008.

“Populismo” es la etiqueta que las elites políticas dan a las políticas respaldadas por ciu-

dadanos comunes que a ellos no les gustan. Por supuesto, no existe razón por la que los votantes democráticos deban siempre elegir sabiamente, en particular en una era en la que la globalización hace la elección de políticas mucho más compleja. Pero las elites no siempre elijen correctamente, y su rechazo de la elección popular a menudo enmascara la desnudez de sus propias posiciones. Las movilizaciones populares no son ni inherentemente buenas ni inherentemente malas; pueden hacer grandes cosas, como las que hicieron durante la era del progreso y del *New Deal*, pero también pueden hacer cosas terribles, como las que hicieron en Europa en la década de 1930. El sistema político estadounidense ha sufrido, en realidad, un deterioro importante, y no será recuperado a menos que el enojo popular se una a un liderazgo inteligente y a buenas políticas. Aún no es tarde para que esto surja •